

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

Año I

Buenos Aires, Noviembre 21 de 1904

Núm. 37

LA HUELGA

*Hay iras, hay volcanes de venganzas
En esos pechos, piedras de martirio;
Hay odio y sed, hay hambre y hay rencores
Acumulados desde muchos siglos;
Es sombra y es dolor, luz y amargura
De cien generaciones de vencidos.*

*Eso sale á los rostros, eso emerge,
Cual luz roja del fondo de un abismo,
En esos ojos que irritó la máquina
que debió ser la redención del siglo.*

*Esclavos! Si el progreso es el tirano,
Caiga el progreso; el bárbaro enemigo
Es máquina de muerte, donde impera
La razón, el fusil es cruceño.*

*Caiga el fusil, la cruz, los que la plantan;
Sea nuestro dolor riego atrevido:
La semilla fecunda del futuro
Es sangre y luz de todos los martirios!*

ALBERTO GHIRALDO

LA INFLUENCIA EUROPEA EN ORIENTE



- Tome, señora, esta hoja de parra que llegará á hacerle falta.
- Y porqué me ha de hacer falta?
- Porque después de la guerra esto va á ser un Paraíso terrenal...

Suplemento Semanal de LA PROTESTA

BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPÚ
BUENOS AIRES

— DE —

LUZIO Hnos. Y MONTI

Restaurant y Cerveceria --- Salones especiales para familias y banquetes

Atención Vegetarianos

Restaurant Vegetariano

Unico Establecido en Buenos Aires

449 CALLE 25 DE MAYO 449 (ALTOS)

Acudid á el todos los que deseáis una vida sana y alegre. Fijaos bien que la base de la existencia está constituida por una sana alimentación.

Restaurant Vegetariano

25 de Mayo 449 (altos)

G. San Germier

Por cinco pesos

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semilla al gusto del comprador, un LINDO OBSEQUIO y un calendario de las sembraderas.

Alfalfa de la Pampa

CALLE LIMA 1165 - Buenos Aires

LOS OBREROS

Casa fundada en 1884

DE **Federico Roveda**

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS

PARA TRABAJADORES

619 CALLE DEFENSA 619

NOTA. Nuestra ropa no se descose. Pida V. catalogo

I. Bonansea

CIRUJANO, DENTISTA - MECANICO

990 Calle Moreno 990

BUENOS AIRES

Justino B. Lamarque

CIRUJANO-DENTISTA

Ex-gefe del consultorio Odontologico de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle Artes 543 - Buenos Aires

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires

MARTIN FIERRO

Suplemento semanal de «La Protesta»—aparece los lunes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: **Santiago del Estero 1072**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ADELANTADA

EN LA CAPITAL

Trimestre \$ 1.20

Año « 4.80

Exterior: \$ 4 oro al año.

EN EL INTERIOR

Trimestre \$ 1.80

Semestre « 3.50

Año « 6.00

Numero suelto: 10 centavos

— Provincias: 15

AGENCIA DE MARTIN FIERRO EN EL ROSARIO: LIBRERÍA DE E. SOTELO. CÓRDOBA 1288

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

Año I.

Buenos Aires, Noviembre 21 de 1904

Núm. 37

El silencio de la tierra

— — — — —

Siguiendo la interminable ondulación de las cuchillas, la diligencia arrastrada por diez caballos de salvaje y bravia estampa, ora vuela galopando por el camino que se extiende recto y blanco, polvoriento y estrecha blanca cinta entre dos anchas fajas verdes, ora se arrastra penosamente en alguna vuelta rápida, en algún descenso peligroso, ruedas maneadas, toda inclinada á un lado, en peligro su estabilidad.

Hace muchas, muchas horas que vamos así, de una posta á otra, en medio de un a monotonía que desespera mi cerebro é irrita mis nervios, ansiosos de otra cosa que no sea esa eterna ondulación verde que por todas partes nos rodea como las olas de un mar petrificado.

Nada que detenga nuestra vista: ni un rebaño apacentando en el ubérrimo pasto cedido por la mano pródiga de la naturaleza al hombre perezoso; ni un sembrado que levantando su verdura unos centímetros más alto del pasto, demuestre un esfuerzo y una voluntad; ni una casa, ni un árbol: á derecha, á izquierda, delante, detras, solo la eterna ondulación de las cuchillas, la tierra abandonada á si misma, el pasto creciendo porque sí, la tierra triste, sola y muda, abandonada por sus hijos, refugiados todos en las ciudades, donde reina el vicio, donde impera la miseria.

¡La miseria! Y mi pensamiento se pierde en divagaciones; pienso en los estrechos tugurios donde los hombres agonizan, faltos de aire y de luz, pienso en las calles angostas y tortuosas, repletas de inmundicias pestilentes, pienso en las mesas sin pan, los brazos inútiles, las cohortes inmensas de los *sin trabajo*, y como corolaría el odio, el vicio, el crimen, todos los grandes males que la sociedad engendra . . .

Y entretanto, mis pulmones aspiran indefinidamente el aire sano y libre, veo esta tierra sin cultivo de la que brazos fuertes sabrían arrancar el trigo prolifcador, y sueño con futuras generaciones, vueltas á la tierra, hijos pródigos tomados al seno de la naturaleza, amándola y regenerándola para regenerarse á si mismos.

¡Que tristeza causa este silencio de la tierra abandonada!

No nos habla á la vista con la visión espléndida de los cultivos prometedores de graneros y de troges rebosantes.

No nos habla al oído con los rumores de los campos poblados: la voz del hombre, el trote de los caballos y el ruido inmenso de la maquinaria agrícola.

Solo habla al pensamiento el mudo lenguaje de los campos abandonados; ese silencio, aterrador y horrible, con que los ojos de los ancianos pordioseros cuentan pasadas grandezas, muertas felicidades. . .

. . . En este momento la diligencia, al pié de una colina, para veloz entre dos muros cnnegrecidos y caídos, y el mayoral, fustigando á los caballos, habla:

— Aquí, un ingeniero, hace tiempo creyó descubrir indicio de oro: se detuvo en aquella cantera, cogió piedras, y al poco tiempo volvió con algunos hombres, levantó una casita y comenzó á extraer piedras y más piedras que enviaba á la Ciudad. . .

Oro, si, pero en tan mínima cantidad que los resultados no correspondieron á las esperanzas y el dueño del campo, juzgándose burlado le amenazó, y el hombre, cohibido, vencido por deudas contraídas, acabó una noche con un tiro de pistola

en el oído. . . Después, hace poco, en la última revolución, la casita todavía en pie, sirvió de parapeto á una partida revolucionaria, siendo luego destruida á cañonazos por fuerzas legales. . .

Y continuó la diligencia de interminable carrera á través de la ondulación eterna de la tierra abandonada; de esa tierra que no se siembra ni se cuida, porque los hombres de las ciudades solo la buscan para extraerla el metal que prostituye ó para regarla con sangre, en defensa de algún absurdo ó de algún crimen. . .

Bagé, 1904.

JUAN MAS Y PI.

Clásicos Criollos

POR LA PLATA BAILA EL MONO

Que un triste, infeliz empleado,
Deje al fin su mesa dura,
Después de haberse acarreado
Algún mal endemoniado,
Sin llevar para su cura
Ni esperanzas de pensión,
Lo comprende Melitón.

Pero que en una docena
De meses de oficinista
Saque la bolsa mas llena
Que la del mismo Anchorena
Un simple covachuelista
De oscura y baja extracción,
No lo entiende Melitón.

Que ha habido empleado tan trucha,
Tan corsario y tan sabueso.
Que por pocas no se embucha
Mas tierras que el mismo Atucha,
Y más tesoro que Crespo,
Y más onzas que Lafont,
Bien lo sabe Melitón.

Pero que gaste en comidas,
En orjias y en carruajes,
En palcos y en cien queridas
Ese improvisado Midas
Sus dos millones de gajes
Sin que lo atrape Cazón,
No lo entiende Melitón.

Que anda como una pelota,
Del que es pobre, el memorial;
Aqui salta, allí rebota,
Del Asesor al Fiscal,
Del Contador General
Al Gefe de la Inspección.
Bien lo sabe Melitón.

Pero que al hombre *de toro*,
Proveedor de gran hacienda,
Le tengan ya listo *el mono*,
Y hasta le indiquen la senda
Del Ministerio de Hacienda
En donde está el *borbollón*
No lo entiende Melitón.

Que una pobrecita viuda,
De cuando la Independencia,
Vaya á pedir una ayuda
A su miseria y dolencia
Y le digan:—*«Su Exelencia,*
RESERVÓ su petición;
No lo entiende Melitón.

Pero que atrape propina
Doña *Saca la Cadera*,
Cuñada de la sobrina
De la prima de la nuera
De un Alferez que muriera
De llagas ó sarampión,
Lo comprende Melitón

Que á pedir vaya un empleo
Algún Gefe invalidado,
Y no llenen su desec
Apesar de haber mostrado
Diez medallas, que le ha dado
Con justicia la Nación,
No lo entiende Melitón.

Pero que á un *cari-lavado*
Le diga el Ministro:—*Si*
Porque le haya presentado
Un billete perfumado
Con almizcle, pacholi,
Trébol, malvas y cedrón,
Lo comprende Melitón.

ETANISLAO DEL CAMPO.

Concebir y querer lo mejor, intentar la bella empresa del ideal, es convidar, es arrastrar hacia él á todas las generaciones que vendrán después de nosotros. Nuestras más altas aspiraciones, que parecen, precisamente, las más vanas, son como ondas, que habiendo podido llegar hasta nosotros, irán más lejos que nosotros y acaso, reuniéndose, simplificándose, conocerán el mundo. Yo estoy bien seguro de que lo que hay de mejor en mí me sobrevivirá. No; ni uno solo de mis sueños acaso será perdido; otros los soñarán después que yo hasta que se realicen un día. Esa fuerza de olas, que mueren como las del mar, logra formar su orilla, dibujar el lecho inmenso donde ellas se mueven.

M. GUYAU.

EL MONAQUISMO

—212—

Bajo el punto de vista de la historia, de la razón y de la verdad, el monaquismo está condenado.

Cuando en una nación abundan los monasterios, son otros tantos nudos que obstruyen la circulación, establecimientos que estorban, centros de pereza allí donde se necesitan centros de trabajo. Las comunidades monásticas son á la gran comunidad social, lo que el muérdago es á la encina, lo que la verruga es al cuerpo humano. Su prosperidad y su robustez son el empobrecimiento del país.

La lepra monacal ha llegado casi hasta á corroer y descarnar el esqueleto de dos admirables naciones, la Italia y la España; luz la una, y la otra esplendor de la Europa durante muchos siglos, y, en la época en que nos hallamos, esos dos pueblos ilustres no comienzan á reponerse sino gracias á la sana y vigorosa higiene de 1789.

El convento, particularmente el antiguo convento de mujeres, tal cual aparece aún á principios del presente siglo en Italia, en Austria, en España, es una de las más sombrías concreciones de la edad media. El claustro, ese claustro, es el punto de intersección de los terrores. El claustro católico propiamente dicho, está todo él lleno de la negra irradiación del siniestro resplandor de la muerte.

Allí se elevan en la oscuridad, bajo unas bóvedas llenas de bruma, bajo cúpulas vagas á fuerza de sombra, babélicos altares macizos, altos como catedrales; pendientes de cadenas vense en las tinieblas inmensos crucifijos blancos; grandes Cristos de marfil méstranse desnudos sobre el ébano; mas bien que ensangrentados, chorreando sangre; pavorosos y magníficos con los codos enseñando los huesos, las rótulas mostrando los tegumentos, las lagas dejando ver las carnes, coronados de espinas de plata, enclavados con clavos de oro, rubies representando gotas de sangre en la frente, y diamantes figurando las lágrimas en las mejillas y en los ojos.

Aquellos diamantes y aquellos rubies parecen mojados, y hacen llorar abajo, en la sombra, a unas criaturas cubiertas con velo negro que tienen los ijares martirizados por el cilicio y por la disciplina con puntas de hierro, los pechos aplastados por zarzos de mimbre, las rodillas desarrolladas por la oración en esa actitud, mujeres que se creen esposas; espectros que se creen serafines. ¿Aquellas mujeres piensan por ventura? no. Tienen una voluntad? no. ¿Tienen amor? no. ¿Tienen vida? no. Sus nervios se han convertido en huesos; sus huesos se han transformado en piedras. Su velo es la noche tejida. Su aliento bajo aquel velo se parece á no se que trágica respiración de la muerte. La abadesa, una larva, las santifica y las aterra.

..

Hase puesto á la moda una manera cómoda y extraña de suprimir las revelacio-

nes de la historia, de inflamar los comentarios de la filosofía, y eludir todos los hechos embarazosos y todas las cuestiones sombrías. *Materia de declamaciones*, dicen los hábiles. Declamaciones, repiten los necios. Juan-Jacobo, declamador, Diderot, declamador: yo no sé quien ha encontrado últimamente que Tácito era un declamador, que Neron era una víctima, y que decididamente era menester compadecerse «de ese pobre Holoférnes».

Sin embargo los hechos son muy difíciles de desconcertar, y muestran siempre una grande obstinación.

Existen á ocho leguas de Bruselas, donde todo el mundo puede aun ver, pues están á la mano, señales evidentes de lo que era esa vida en la edad media; en la abadía de Villers, *la Josa del olvidado*, en medio del prado que fué patio del claustro, y á orillas del Dyle, cuatro calabozos de piedra, mitad bajo la tierra; mitad bajo el agua. Estos eran los *in pace*. Cada uno de los calabozos conserva un resto de puerta de hierro, una letrina y una claraboya enrejada, que por la parte de fuera, está á dos pies sobre el nivel del rio, y por dentro, á seis pies por bajo del suelo. Cuatro piés de agua corren exteriormente á lo largo de la pared del calabozo, cuyo suelo está siempre mojado. Esta tierra mojada servia de lecho al habitante del *in pace*. En uno de estos calabozos, hay todavía un trozo de argolla (carcan) empotrado en la pared; en otro se ve una especie de caja cuadrada hecha con cuatro losas de granito, demasiado corta para acostarse en ella, demasiado baja para incorporarse de plé. Allí introducían un sér viviente, cubriéndole enteramente con una tapa de piedra. Esto existe, y se puede ver aún y palpar. Esos *in pace*, esos calabozos, esos goznes de hierro, esas argollas, esa alta claraboya al nivel de la cual corre el rio, esa caja de piedra cerrada con su tapadera de granito como una tumba egipcia, con la diferencia que aquí el muerto era un viviente, ese suelo que es un verdadero lodazal, ese hoyo que servia de letrina, esas paredes resudando de agua, ¡qué declamadores!

..

El monaquismo es para la civilización una especie de tisis, que embarga y corta la vida á los individuos, y también á la sociedad, contribuyendo poderosamente, de un modo directo é indirecto, á despoblar el país en que él extiende sus estragos. Enclausración, castración. En Europa ha sido funesta plaga.

Y sin embargo á despecho de la filosofía, á despecho del progreso, el espíritu claustral persiste aún, en pleno siglo diez y nueve, y una singular y extravagante recrudescencia ascética asombra en este momento al mundo civilizado. La pertinacia que las instituciones envejecidas muestran en perpetuarse se parece á la obstinación de rancio perfume que reclanara nuestra ca-

bellera, á la pretensión del pescado corrompido que se empeñara en que le comieran, á la persecución del traje de niño que quisiera vestir al hombre, y á la ternura de los cadáveres que viniesen á abrazar á los vivos.

Sofiar con la prolongación indefinida de las cosas muertas y con el gobierno de los hombres por embalsamamiento, restaurar los dogmas en mal estado; redorar las urnas de las reliquias, revocar los claustros, rebendecir los relicarios, restaurar las supersticiones, reconfortar los fanatismos, renovar el mango al hisopo y el pomo á la espada, creer en la salvación de la sociedad por la multiplicación de los parásitos, imponer el pasado al presente, parece una cosa bastante extraña. Y sin embargo, hay teóricos para tales teorías. Estos teóricos aplican sobre el pasado una capa de barniz que ellos llaman orden social, derecho divino, moral, familia, respeto á nuestros ascendientes, autoridad antigua, santa tradición, legitimidad, religion; y gritan por todas partes: ¡Ya lo ven ustedes! Es preciso

que los hombres de bien respeten todo esto. Los antiguos conocían ya esta misma lógica. Los arúspices la practicaban. Frotaban con greda una ternera negra y decían: Es blanca. *Bos cretatus*.

Por lo que hace á nosotros, respetamos en gran parte y perdonamos en todas al pasado, con tal que él consienta ya en declararse muerto. Si aun se obstina en vivir, le atacaremos y trataremos de matarle cuanto antes.

Supersticiones, mogigatez, santurronería, hipocresía, preocupaciones, todas estas fantasmáticas, estas larvas, con ser larva y todo, son sin embargo tenaces á la vida, tienen dientes y uñas en su negro ideal, y es preciso comprimirlas cuerpo á cuerpo, á brazo partido, y hacerles la guerra, pero guerra sin tregua ni respiro; pues una de las fatalidades de la humanidad es el verse condenada al eterno combate contra las fantasmas. Es cosa difícil el asir á la sombra por el cuello y dar con ella en tierra.

VICTOR HUGO.

LA LEY

Al día siguiente de la muerte de Alejandro de Medicis, vino á mi tienda el tal Battini y me dijo que había sido nombrado duque Cosme de Medicis; pero lo era con ciertas condiciones (hoy se diría constitucionalmente) que no le permitían gobernar á su antojo. Entonces me tocó á mi reirme de ellos. Estos ilusos de Florencia han puesto á un hombre sobre un maravilloso caballo, le han colocado las espuelas, le han dado las riendas en la mano y luego lo han llevado á un bellissimo campo lleno de flores, de frutos y otras delicias. Después le han impuesto que no pase ciertos límites determinados. Ahora díganme ustedes ¿quien puede detenerlo cuando á él se le antoje pasarlos?

Las leyes no pueden darse á quien es dueño de ellas.

VITA DI BENVENUTO CELLINI. — LIBR. I, LXXIX, in fine.

LA LEY DE RESIDENCIA



POR EL CRIMEN DE PENSAR

Escenas de conventillo

Credélimi, don Alfonso — repstia por décima vez don Pascuale — la mejor gente de Buenos Aires me tiene como *uno* chico.

La repentina aparición de una joven tri-gueña envuelta en vaporosa bata roja, in-terrumpió bruscamente la conversación.

Aunque la recién llegada pasó á escape, el color de la bata llamó la atención de todos los vecinos, y apenas desapareció en el cuarto número 5, de uno al otro extremo del patio circuló el burdo comentario, y como si todo el coro no esperase más que una voz de mando, ni bien uno de los zapateros gritó: — parece que se olvidó las medias, — el callejón entero estalló en una carcajada brutal que sorprendió agradablemente á don Pascuale.

— Cuando la gente ríe — dijo, dirigiéndose á don Alfonso significa que tiene plata, y, sin otro próambulo, desdobló el fajo de recibos y á quemarropa le presentó uno á su interlocutor, al mismo tiempo que le decía: — *Ecco il vostro, caro don Alfonso.*

El interpelado hizo un amplio gesto con la mano derecha y contestó:

— *Ve l'ho detto... fino a domani.*

Don Pascuale, lanzó un gruñido, y su rostro, repentinamente congestionado, pareció aumentar de volumen.

La amistad era una cosa y el alquiler otra. Santo y bueno que le concediera pagar el mes vencido y no adelantado como á los demás inquilinos. En ningún otro conventillo de Buenos Aires le tendrían tanta consideración.

Aunque él quisiera no le sería posible tenerlo 8 días más en el conventillo sin sufrir grandes trastornos. ¡Cuántos vividores de oficio aprovechan el mal ejemplo! El no transigia con su sistema.

— Si mañana no me paga, dentro de 24 horas el desalojo. Con aire amenazador se alejó sin saludarlo y comenzó la cobranza.

El cuarto subsiguiente al ocupado por don Alfonso, número 3, alquilábalo un vigilante cuya mujer, en vísperas de dar á la luz, encontrábase en la Maternidad. Dos niños color aceituna sentados delante de la puerta jugaban á la payana con carezos.

— ¿Dónde está tu padre? — preguntó don Pascuale.

— De servicio — contestó el mayor de los niños.

— ¿Y tu madre?

— En lo de Mandinga á buscar un nene.

Don Pascuale hizo un gesto de disgusto, y, con la santa intención de estallar en improperios, se plantó delante del cuarto número 5. Pero no tuvo tiempo de abrir la boca: una mano delgada, casi transparente, apareció por detrás de la puerta y le alargó un rollito de billetes, al mismo tiempo que una voz aflautada, decía:

— Tóme, hártese!

Don Pascuale que no esperaba tan agradable sorpresa, apoderose de los billetes y al desdobrarlos y contarlos, sintió un fuerte olor á agua florida.

— *Bene*, murmuró, y en dos trancos se

plantó delante del número 7, cuya puerta permanecía cerrada. Estaba á punto de golpear cuando una joven rubia, muy blanca, delgada, con el cabello en desorden y la frente cubierta de rizos rubios, le manifestó por señas que el inquilino de ese cuarto dormía. Uno de los zapateros que había suspendido el trabajo y miraba atentamente hacia donde estaba don Pascuale, al ver la seña de la joven se dirigió á uno de sus compañeros y le dijo:

— Bien me parecía: la luchuza está durmiendo.

— Entonces — contestó el otro — esta noche no se escapa. Aunque me lleven á la comisaría le he de ver la cara.

Durante un mes entero el misterio de ese cuarto hacia el gasto de todas las murmuraciones de la casa. Al principio se ignoraba hasta el sexo del nuevo locatario; pero una noche, cuando nadie lo esperaba, á la hora que solían formarse los corros delante de cada puerta, vieron cruzar, rápidamente por el patio, un fantasma envuelto hasta los ojos en tupido crespón negro. Desde entonces no hubo paz ni sosiego. Las mujeres, sobretodo, se abrasaban por saber la vida y milagros de la encubierta y sobretodo, por verle la cara. A falta de hechos concretos se desgarró todo el rosario de las suposiciones y conjeturas. Un diario había publicado en la sección policial las iniciales de una señora de la alta sociedad, desaparecida en compañía de un galán y alquien dijo que la tal señora era esa.

Semejante noticia excitó el apetito hasta de los más indiferentes. Pero Barbablé á grandes voces lanzó una versión que produjo el efecto de un balda de agua fría. Es una vieja con la cara de *grata-caso*. La otra noche la vi en el almacén de don Carlos donde entró á comprar una caja de fósforos. Sin embargo no faltó quien dijo que Barbablé mentía, y todo el mundo volvió á despacharse á su gusto. La única que le había visto la cara, era la joven rubia, la Inglesa, como la apodaban en el patio; pero recién llegada de su tierra, nadie le entendía una palabra y su marido, oficial mecánico, miraba á todos con el más profundo desprecio...

Don Pascuale se acercó á la Inglesa, con aire complaciente recibió el importe de los alquileres y se encaminó hacia el cuarto número 11 delante del cual encontrábase sentado en una silla de paja un individuo como de 40 años, ancho de espaldas y prominente de abdomen. Calzaba botas de marroquí, cuya caña perdiase debajo del pantalón con ancha franja negra y corte á la francesa. Cubriale el resto del cuerpo un saco negro abrochado hasta el pezuqueo y en la cabeza, apoyado sobre una abundante y rizada melena, destacábase un ancho chambergo color ceniza. Al lado de la silla, semejante á un parche rojo, veíase un código penal y más lejos una pava y mate.

El individuo, al mismo tiempo que fumaba en una larga boquilla de marfil, templaba

ba una guitarra y aparentó no ver á don Pascuale que se acercaba recibo en mano.

Como el individuo tenía la cara medio oculta por el ciंबरgero, don Pascuale hacía esfuerzos para reconocerlo, hasta que encontrándose á dos pasos, deslizó unos buenos días que fueron contestados sin levantar la cabeza y sin que cesara el destemple de la guitarra.

Don Pascuale permanecía indeciso, mirando hacia el interior del cuarto: pero el individuo interrumpió bruscamente el trajeo y con voz de bronce lanzó un:

—¿Que busca?

—A don Pancho.

—No está, don Pancho.

—¿Y á que hora se le encuentra?

—A *l'ahora* que le dá la gana.

—Ma... el alquiler...

—¿Y á mí que me cuenta?... *s'ha craído* que soy su *pagano*?... — y haciendo un gesto que significaba: ¡basta! recogió el mate, le dió un chupon y prosiguió el temple.

Don Pascuale congestionado del todo, con los ojos que huían de las órbitas, intentó una réplica; pero contuvieronle la actitud, y, sobretodo, el rostro del individuo en quien reconoció á un antiguo empleado de policía. Contentose con replicarle con un gesto expresivo y se alejó resuelto á desquitarse con el locatario siguiente, del número 13.

ALARICUS.

LA PRIMERA PÁGINA

(VERSOS DE LA VIDA)

Poeta sé civil. En tu locara muestra á la turba que en la lid no cejas... La religión del arte no se abjura. ni se vende la primogenitura por el bíblico plato de lentejas!

Piensa en mañana, en el mañana solo; tu verso en los torrentes populares será el declive audaz del alveolo; la corriente que en medio de los mares de otra esfera social señala el polo!

Reverencia los duelos del trabajo, son dolores sagrados. Tén seguro que principia la génesis de abajo... ¡y piensa qué pañal será el andrajo en los alumbramientos del futuro!

Con la lira las almas martillea lo mismo que á los junques tumultuarios... ¡Y estrofa de vigor tu estrofa sea desatando los hierros libertarios en el vuelo sin fin de la polea!

Acércate al taller. Tu musa exalte los músculos fornidos y soberbios; los brazos vengadores... ¡y que salte cuando el carbón de las hornallas falte la estrofa electrizada de tus nerbios!

Acércate al Taller. Y soberano dignifica al obrero en la palestra... ¡y dile que los dedos de su mano son el blasón del sufrimiento humano en las aristocracias de la diestra!

Ante esa maquinaria de vigores es máquina también la carne obrera... ¡oh, si explotan un día los dolores! ¡y las lágrimas llenan la caldera! ¡y rebalsan los odios los motores!

Acércate al taller. Y magnifica al yunque y al martillo en la temprana sonora vibración — nueva campana, que al jubileo del amor repica desde los campanarios del mañana.—

Acércate al taller. Viene la musa fresca y garrida, la de negros ojos y cabellera undicaga y profusa: ¡la que vuelca en el pecho de la blusa el ramillete de los cantos rojos!

Dale un beso. Tus brazos con sus brazos arcos serán de ebúrneas claridades... mientras el sol con ignescentes trazos cantará el germinal de los abrazos en la intuición de las maternidades.

Esa la masa es. Busca el seguro refugio de su amor. Canta con ella... ¡hembra fecunda que en su seno obscuro llena el feto de oro del futuro Como los nieblas de los caos la estrella!

Reverencia á la madre en el andrajo: que ese andrajo bandera de batalla multiplica las proles del trabajo... perlas de las madreporas de abajo. diamantes del carbón de las hornallas.

Canta la santa rebelión que brilla con el rayo de odios de la histeria cuando agolpa la roja pesadilla los espectros del hambre en la bohardilla en el triste sabbat de la miseria!

Eso es ser grande... Que si gloria vana el arte, es un mendrugo y se reparte... Si la noble poesía se profana... por ella haced lo que la viuda indiana... La hoguera: ¡artistas! ¡maldecid al arte!

FRANCISCO ANIBAL RIU.

LOS CORTESANOS

Entre la parte vil de los humanos
no hay turba más ridícula y cretina,
más insolente, hueca y anodina,
que el rebaño voráz de cortesanos.

Esclavos, siempre, de los gustos vanos
del grande que los lleva á su pretina,
serviles doblan la dorsal espina
Para volver á erguirse más ufanos.

Pero seamos justos: el oficio,
muchas veces, requiere sacrificio.
¿Está el amo aburrido ó con la luna?

Pues ellos saben inventar placeres,
y le ofrecen, sinó vida y fortuna,
á lo menos, su honor y sus mujeres.

ALFREDO ARTEAGA.

FLOR DEL MAL

Hermosa flor de arrabal
que no tuvo primavera...
No floreció la quimera
en su jardín de ideal.

Es esa rosa del mal
que florece y que prospera
siempre que la primavera
pasa sobre el arrabal.

Y va de triste manera
camino del hospital
pues llenó su vida entera
el pecado original
de ser flor de arrabal...
que no tiene primavera...

JOSÉ M. QUEVEDO.

Paraná, 1904

PERDURABLE

I

— ¿Que no te quiera? ¿que ahogue
Este amor ó que lo calle?
Pero eso es vivir muriendo...
¡Y eso no lo puede nadie!

— Pese á nosotros y al mundo
Nuestros séres han de unirse.
Haz de realizar tu vida,
Haz de vivir sin morirte...

II

Te dije: ¡no! por salvarte.
Despues,—como el héroe antiguo
Que saludaba á su dama
Antes de entrar en el circo, —
Ébrio, loco de amargura
Partí. Pero ¡ay! desde entonces

Estoy como un gladiador
En una cueva de leones.

III

Búscate en mi estrofa. Entera
Estás ya en mi pensamiento.
Y si tu vives en mi
Mi alma toda está en mi verso.

IV

Desde que sé que me quieres
Estoy más que nunca triste.
Y en mi dolor no hay consuelo
Porque es un dolor sin límites.

V

Quiero que vengas á verme.
Tendría un remordimiento
Si tu misma no me dices
Que puedes vivir muriendo...

EL AMANECER

Al volver una esquina, un café abierto, y
allí entré.

Los borrachos mugrientos y como estúpidos
le lanzaron una mirada que él respondió
con hastío.

Alguien le dirigió una frase, él contestóla
con mueca de asco.

Sin embargo—pensó—son mis hermanos!
Hermanos en el dolor, en la desesperación,
en la locura!

¿Desprecio? ¿Y porque? También ellos como
yo, tuvieron una madre y la perdieron,
sintieron amores y se agotaron, alimentaron
sueños y se extinguieron.

He ahí la lira que nos es común: el vaso
repleto é incitante.

Uncia lira cuando han emudecido todas,
cuando rotas están las cuerdas de todas!

Mágica lira, mis dedos temblorosos saben
de sus acariciantes pulsaciones: risas de
mujer, carcajadas de poetas, gritos de ven-
cedores, también... llantos silenciosos de
niños.

Sombra, vacío, desnudez en torno: en el
vaso, en el espejo líquido del vaso un mun-
do. Mundo extraño, no lo vieron los profa-
nos, los que nos separan con un puntapié
cuando tendidos quedamos en la calle.

Mundo extraño que tiene de todos los gorgoros, de todos los colores, de todos los murmurios.

¡Alma mía, pobrecita alma mía! yo necesito arrancarte todos los harapos con que te arrastras, yo necesito desgarrarte todas las vendas con que te cubres, yo necesito despojar de toda la podre que te mancha.

Y así, surges alegre y fuerte, con la alegría de los sanos, con la pureza de una convalecencia en primavera.

Surges tan bella, como saltando de un baño que te hubiera redimido para siempre.

Y aparecen gotas de rocío, gotas purísimas del cielo, en tus carnes flageladas, carnes en que se cebó, tantas veces. Infortunio!

Bajo misteriosos besos de fuego, besos mas ardientes que los que brinda la Felina, surge en tí, todo el deseo de la vida y del contento!

—...Es el hiano de las cenizas momentáneamente ardiendo en combustión posteriora.

Y el poeta, el cantor de las orgias tristes, agitado por esos pensamientos, ha bebido mucho... mucho!

* *

Amancece: la calle tan silenciosa, tan triste, tan desamparada, está envuelta aún en muchas sombras.

Una vez más, en el arroyo, el poeta ha quedado tendido, inmóvil, como un escupitajo arrojado por organismo enfermo.

Así continua mucho tiempo, privado de toda manifestación de vida, en los lábios

una sonrisa de visionario que soñara en cosas insensatas.

Mientras tanto, de todos los puntos de la ciudad llegan los ruidos vagos, como un preludio de guerra, como los aprestamientos de una contienda sangrienta, como el agitarse de mil enfermos que levantarán al cielo sus brazos descarnados, pidiendo inutilmente socorro.

El poeta cantor de las orgias tristes, sigue inmóvil ageno á todo ese murmurar que se percibe sin abrir los ojos, bullicioso como el arremolinar de fieras hambrientas que se mueven y se acechan para devorarse, como el embatir de olas que se chocan para calmar sus furias comunes, como la contorción de mil gusanos, que se disputan la vida dentro de un vientre inmenso!

Y el poeta cantor de las orgias tristes, sigue inmóvil, en los labios una sonrisa de visionario que soñara en cosas insensatas.

El sol ardiente, como un colosal pendon de vida, envuelve en su inmensa caricia fecunda y gloriosa.

Un rayo cae sobre el rostro del poeta, iluminándolo con resplandor de gloria, llamándolo, sacudiéndolo como una infinita invitación á la vida.

El poeta, estremecido, contraídos los lábios, levanta un brazo rechazando la caricia y su frente quiere ocultarse en los piedras del arroyo; cae de boca, en tierra, y un guijarro punzante le deja un largo surco rojo en la frente visionaria.

Y es entonces, que se incorpora, mojada en sangre la mano crispada, levantándola como un pendón de maldición y de odio.

J. ALBERTO CASTRO.

En la segunda mitad del siglo XVIII, nadie creía que estaba tan cerca una revolución. Rousseau, Voltaire, Diderot, todos los enciclopedistas, hacían la crítica de aquella sociedad. Sus obras no eran leídas por el pueblo, que ni sabían leer. Por otra parte, ¿que le importaba la lectura á un pueblo que no comía? El pueblo francés del siglo decimotercero se alimentaba de hierbas y raíces.

Las obras de los grandes publicistas, de los pensadores, de los revolucionarios, eran leídas por los magnates y se hablaba de ellas en la corte. Los cortesanos, los mas apegados al antiguo régimen y algunos burgueses ilustrados, no cesaban de repetir:

—(Que bien escribe este diablo de Voltaire! ¡Cuánto sabe ese Buffon! ¡Qué lástima que pierdan el tiempo con tales fantasías!

Aquellas fantasías pronto fueron realidades: se vieron realizadas y aun rebasadas por la revolución; no querían tanto ni los propios enciclopedistas. Alguno de estos hubiera protestado, si no hubiesen muerto casi todos al surgir los grandes acontecimientos del 89 y del 93.

¡Quien sabe si los que hoy desdeñan la propaganda anarquista por creerla utópica, y los mismos que la hacen creyéndola prematura, tendrán una sorpresa el día menos pensado!

Kropotkin, y Reclus, escriben hoy, como lo hicieron los enciclopedistas, para los intelectuales, para los que no creen, para los que nada esperan. Los proletarios no leen, pero adivinan.

Todas las revoluciones dan su fruto; luego vienen los abusos de las clases vencedoras que preparan revoluciones más perfectas. Es una fortuna, que, de revolución en revolución progresa la humanidad.

La misma revolución francesa, hoy desnaturalizada por los que la aprovecharon para su emancipación, ha influido hasta el punto de mejorar físicamente la raza. Las mujeres francesas, en la actualidad bonitas, eran feas y picadas de viruelas hasta que vino á hormosearlas, no tanto la vacuna como la Revolución. Había francesas muy guapas en la corte; las mujeres del pueblo—veanse los retratos de otros siglos—no parecen abuelas de las burguesas de hoy.

¡Y todavía se quejan de las revoluciones pasadas y futuras las mujeres que sin ellas estarían horrosas!

¡Y no se quejan menos los ilustres personajes cuyos abuelos eran destripaterrones ó ladrones en cuadrilla!

N. ESTÉVANEZ.

R A P I D A S

«Es en plena actividad electoral—me dice Pedro, un buen muchacho del pueblo.

«Lleganme circulares tras circulares à mi modesto albergue. Todos los caudillos improvisados por las circunstancias, todos los comité constituidos en la Circunscripción me llaman, me invitan à que les preste mi concurso. Me piden el voto.

«Pienso sobre el problema y me digo:

—¡Muy bien! Yo me hallo sin empleo, mejor dicho, sin trabajo, y esta es la oportunidad en que debo encontrarlo. . . Me parece que quien puede resolver esto de mi destino presente es tal, por que tal está bien con Zutano que es Director de Correos. Me voy à verlo, al instante.

«Es de noche.

«Llego al Comité. Resplandece este bajo la luz artificial. Tres, cuatro, cinco salas están llenas de grupos que hablan animadamente. Me parece que, en su totalidad no es gente del barrio porque yo, al menos, no he visto à casi ninguno de estos en los muchos años que llevo de vecino de la parroquia. . .

«Mi presencia debe parecer extraña en el círculo porque luego alguien se acerca à mi, y me pregunta si ya estoy inscripto en el Club. Manifiéstole que no, al mismo tiempo que le hablo de mi situación precaria.

—¡Bien, muy bien! Venga usted—me responde el hombre espansivamente.

«Y como un triunfo me lleva al candidato, à quien habla algunas palabras en voz baja.

«El candidato—un hombre alto, elegante,—tenia en ese momento impreso en el rostro la bondad: tan cumplido, tan caballero, parecióme ciertamente la encarnación del hombre nuevo, todo justicia, todo moral, todo amor. Se acerca à mi y cariñosamente empieza à dirigirme la palabra:

«—Usted nos acompaña en esta brega ¿verdad, mi amigo? Y quiere en cambio un trabajo en que ganar el pan.

—Si, en que ganar el pan.

—¡Justísimo. . . ! Yo mismo me encargaré de eso. Pierda cuidado.

«—¿Cuándo podré verlo?

«—Váame cuando quiera, que yo estoy siempre por acá.

«Me retiro emocionado. Me parece que al fin queda hechada mi suerte. Aquella noche sueño en que soy feliz, porque ya no me faltará más el pan. . . .

«Lo veo una, dos, diez, cien veces, tanto que ya me da vergüenza à mi mismo, y el hombre, con afabilidad como mostrando gran interés por mi suerte, me responde siempre:

«—Tenga paciencia que yo me ocupo preferentemente de usted.

«Pasa el tiempo. No obtengo nada. Ya, en vísperas de la elección, le hablo nuevamente del asunto.

«—Vea, amigo, estos trabajos no me dejan tiempo para nada. Pero ¿porque no espera hasta despues que pase todo esto? Como usted hay muchos à quienes yo no olvido: à su debido tiempo tendran todos el premio de su buena voluntad.

«Me convence. . . Voto por él en los comicios de Marzo. Triunfa el hombre. Su elección es aprobada. Ahora no falta sino que se cumpla la palabra empeñada. A ello me pongo en campaña. Voy à su casa, y no le puedo hablar jamás: no recibe à nadie. Los criados me dicen que en el Congreso puedo verlo, y allí no lo consigo nunca porque desciendo del coche y entra como corrido por el miedo. Sin embargo, en su domicilio, al regresar por la noche, me he encontrado con él, pero no he podido obtener el ser atendido como la gente, ha hallado una salida, una excusa cualquiera, ya por la hora que es avanzada, ó por que tiene mucho que hacer. . . .

«Mientras tanto mi estómago me pide alimento, vestido mi cuerpo. . . .»

Y, Pedro hecha una mirada profunda en torno de si, y baja luego la cabeza tristemente.

Yo le miro y me digo:

—He aquí un desengañado, mañana quizá un rebelde, un revolucionario. . .

URIEN, SHINE & Co.

IMPORTADORES

369 Perú 371

Buenos Aires

TELEFONOS:

UNIÓN TELEFONICA 1450 (*Avenida*) — COOPERATIVA 1700

SUCURSALES EN:

DUSSELDORF (*Alemania*) — WOHLVERHAMPTON (*Inglaterra*) — NEW YORK (*Estados Unidos*)

LA PROTESTA

DIARIO DE LA MAÑANA

Se acogen toda clase de denuncias por abusos de autoridad, patronales, etc. etc.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

359 Calle Cordoba 359

Buenos Aires

Anuario Cartológico

Sud Americano

APARECERÁ EN NOVIEMBRE PRÓXIMO

Director: A. PELLICER, ex-director de las Revistas «NOOGRAFIA» y «TARJETA POSTAL» que ha demostrado su innegable competencia en la materia.

Trátase de hacer obra original y útil, elegante y artística; que sea á la vez verdadera guía del coleccionista; archivo de pensamientos de descollantes personalidades; ramillete de sentencias, proverbios, aforismos, cantares y epigramas; album de reproducciones de hermosas tarjetas, últimas novedades é ilustraciones y viñetas de reputados artistas; algo sobre la nueva lengua universal ESPERANTO, de la que tanto se usa para el intercambio postal internacional, *sección destinada á los albums particulares*, con transcripción de culminantes escritos; descripciones artísticas; conceptos filosóficos; colección de pensamientos originales de todo orden: cuanto sea novedoso y relacionado con las tarjetas postales, *Almanaque*, y LA MAS EXTENSA LISTA QUE SE HAYA PUBLICADO DE COLECCIONISTAS NACIONALES Y DE LOS MAS IMPORTANTES EXTRANJEROS, etc., etc.

Para figurar en esta LISTA DE COLECCIONISTAS, basta enviar una tarjeta postal con la firma y domicilio del remitente al editor P. TONINI, FLORIDA 470—BUENOS AIRES. Los que deseen añadir algunas indicaciones más pagarán 0,20 centavos la línea.

“MUSICA PROHIBIDA” UN VOLUMEN DE VERSOS

POR ALBERTO GHIRALDO

Precio: **Un peso.** Pedidos á la Administración, de *Martin Fierro*

Santiago del Estero 1072

Buenos Aires